

—Somos familia —dice nuestra madre después del silencio prolongado de la cena.

—Somos familia —respondemos todos como si fuese un mantra.

El olor pegajoso y amargo de la enfermedad de nuestro padre comienza a flotar en el ambiente, y su dolor puntilloso, más tenue que en otras épocas, me ataca el costado izquierdo. Miro a todos mis hermanos, cada uno exteriorizando el dolor a su manera. Nuestra madre tiene los ojos cerrados y apenas mueve los labios. Los sirvientes recogen los platos con un miedo difícil de disimular: en sus rostros se nota el asco que sienten por nosotros. Sara les da órdenes silenciosas, señala con la mano, levanta las cejas, ladea la cabeza. Hermosa, por supuesto.

La noche, como todos los años, tiene el mismo color. Un rumor frío y espeso se desliza por las ventanas entreabiertas y afuera los cañaduzales pierden vigor. Desde que me desvíe de la carretera principal e ingresé a la hacienda de mi padre todo se congeló en el mismo instante, como quieto en una pecera. No parece que hubiese pasado un año desde la última Comunión. La imagen de la casa es una foto desvaída con los mismos colores opacos, la misma madera envejecida, los mismos muebles llenos de polvo.

Y Sara, con su piel de porcelana, sigue intacta, como si los años no pudieran desgastar su humanidad.

Nuestra madre abre los ojos y hace sonar la campanilla que lleva en la mano. Los sirvientes se retiran del salón. Sara cierra las puertas tan pronto ellos salen y se mantiene en la penumbra, con las manos atrás y el mentón arriba. Apenas me ha mirado en toda la noche, pero en su pecho lleva el collar que le regalé en la infancia y eso me hace sentir tranquilo.

Mis hermanos se ponen de pie y empiezan a desnudarse. Yo hago lo mismo, con desgano, sin dejar de mirar a Sara. Mateo, Jacobo, Tomás y Susana apenas pueden ocultar los estragos de la enfermedad; sus cuerpos famélicos, sus huesos pronunciados y senos resecos dan cuenta del buen estado de esa peste que sobrevive en nuestros cuerpos manteniendo la memoria de padre. Una vez más me golpean los recuerdos

neblinosos de esas épocas que ya se ven tan lejanas, en los que la enfermedad que mantuvo a nuestro padre en cama durante tantos años, tosiendo y maldiciendo, no le hizo perder la autoridad en su impetuosa voz y la brusquedad de sus manos para golpear la mesa, una y otra vez, cuando daba una orden.

La herida de mi costado empieza a palpar y a supurar debajo de la venda. Duele, duele mucho. Por un momento siento temor al pensar que la herida se está rejuveneciendo y que de nada han servido todos mis esfuerzos. Pienso en cuántas veces me he prometido no volver, cuántas veces he jurado no pisar de nuevo los suelos de esta casa, no asistir a esta Comunión, renunciar a este apellido. Pero tengo la esperanza de que esta será la última vez que los vea y que por fin Sara y yo podremos ser libres.

Madre comienza a darle la vuelta a la mesa, repitiendo los movimientos del ritual. Detrás de ella va Sara. Lleva una ponchera con agua y tiene los ojos enterrados en el fondo de la misma. Cada uno de mis hermanos le enseña una parte de la enfermedad a madre. Mateo comienza a arrancarse los pelos de la cabeza que se le desprenden del cuero cabelludo como si fuesen lana, luego los deja caer sobre las manos de madre que los huele antes de depositarlos en la copa que está en la mitad de la mesa. Acto seguido, madre se lava las manos en la ponchera de Sara. Jacobo expone la enorme herida que le atraviesa el pecho, como si hubiese sido abierta con un cuchillo caliente y sin filo, y un líquido grasiento mana de ella. Madre le pasa un dedo por encima, recoge esa babaza y luego la deposita en la copa. Se lava las manos.

Sigue su recorrido por las heridas de mis hermanos y yo siento que la mía se despierta de un pesado letargo y punza desde adentro con desesperación. Tomo aire, aprieto los dientes y pienso: todo esto vale la pena por Sara, solo por ella; ya pronto la enfermedad saldrá de mi cuerpo, falta poco. Entonces recuerdo esas tardes en que corríamos juntos a través de los cultivos, jugábamos desnudos y nos bañábamos en el río. Padre le decía a madre que nos vigilara, que no debíamos estar tanto tiempo juntos, pero ella le decía que solo éramos

unos niños y nosotros siempre nos las arreglábamos para desnudarnos y jugar con nuestras manos.

Susana aprieta sus senos macilentos y, después de un gemido apagado, deja salir un líquido tan espeso como la miel. Luego, Tomás se quita el tapabocas que siempre lo acompaña, abre su boca pestilente y amoratada y se arranca un diente que al salir deja un fino hilo de sangre putrefacta. Me dan ganas de vomitar. Nunca he podido acostumbrarme a este olor, el mismo que se apoderó de todo cuando la maldición comenzó a flotar sobre nuestras tierras. Llegó así, de repente, no dio ninguna tregua. Padre hizo un pacto y no lo cumplió y ahora debía pagar las consecuencias. Primero, como si fuese una advertencia atroz, llovió durante días enteros. Después, el ganado enfermó y murió vomitando sangre y los pájaros empezaron a estrellarse contra las ventanas, desesperados, dejando los pegotes de sus tripas en los vidrios, mientras los perros huían con las cabezas gachas. Fueron días extraños, todos se olvidaron de nosotros. Y Sara y yo, los menores de la familia, nos escondíamos a darnos aliento el uno al otro.

Cuando madre llega a mi lado no me mira a los ojos. Siento temor. Por un momento pienso que nos han descubierto. Entonces me quito la venda y ella y mis hermanos ahogan un grito. Se lleva las manos a la boca y mueve la cabeza de un lado a otro. Sara abre los ojos todo lo que puede. Mi herida se ve mucho más pequeña que hace un año y, por supuesto, eso no les gusta. He roto la promesa, dejando que mi herencia muera. Por fortuna, desde un principio, la enfermedad no encontró en mi cuerpo la misma comodidad que encontró en los de mis hermanos. A duras penas se ha podido sostener, así que con un poco de esfuerzo y algunos rituales de sanación todo ha mejorado de a poco. No tengo la culpa de que mi cuerpo se hubiese resistido, así como Sara tampoco la tiene por nunca haber contraído la enfermedad. A mi memoria llegan esos días envueltos en un frío constante, en los que ella asumió con cierta culpabilidad el hecho de no perpetuar esa peste en su cuerpo, como si hubiese sido un señalamiento, una cruel ironía.

Por fin madre me mira a los ojos. No sé cómo, pero soy capaz de sostenerle la mirada. Pasan algunos segundos que se dilatan en el silencio y, de pronto, ella me da una cachetada. El chasquido resuena en toda la habitación. Sara cierra los ojos. Yo me quedo con la mejilla volteada. Solo por Sara, solo lo hago por ella.

—Qué he hecho yo para merecer esto, qué he hecho — dice madre entre sollozos—. ¿Qué va a pensar tu padre?

Permanezco en silencio. Mis hermanos me miran por encima del hombro. Me dan asco sus cuerpos, pero más asco me da el hecho de que hayamos aceptado la orden de sostener la enfermedad de padre, de mantenerlo vivo en nuestros cuerpos a cambio de seguir ostentando las riquezas de la familia. Madre me mete un dedo en la herida y comienza a escarbar. Siento que me entierran un hierro al rojo vivo. Resisto. Busco consuelo en los ojos de Sara, pero ella me ignora. Madre deposita lo poco que puede sacar de mi herida en la copa y se lava las manos.

Entonces, en silencio, continuamos con la siguiente fase del ritual. Noto a mis hermanos nerviosos. Madre me mira de soslayo, sin siquiera tratar de disimular lo avergonzada que se siente. A Sara le brilla el desconcierto en los ojos, tampoco puede disimularlo.

Madre le prende fuego a la copa y una llamarada de color magenta se levanta con ímpetu ante nosotros. Los ventanales se abren de par en par y unas ráfagas de viento, cargadas de una humedad que parece milenaria, se cuelan a través de ellas: rebotan en las paredes, tumban cuadros, rompen copas. Es mucho más fuerte que en otras ocasiones y eso solo puede significar una cosa: padre está furioso.

Bandadas de hojas secas entran por las ventanas abiertas y se arremolinan en torno a la mesa, como cuervos furiosos, mientras la llamarada se sostiene en la mitad del círculo. Madre levanta las manos y dice:

—Yo vigilo tu estirpe. Tu estirpe vigila tus tierras.

Después, comienza a pronunciar palabras en ese idioma secreto venido de lejanos mundos, en los cuales están las claves del pacto, las claves del ritual. Esas palabras que ocultan

un poder más allá de nuestro entendimiento, algo que se ha apoderado de toda nuestra existencia con la implacabilidad y la paciencia de una enfermedad terminal.

Sara está en un rincón de la sala. Cierra los ojos con fuerza, parece asustada. Yo la observo, fascinado por su belleza. Pero es uno de esos momentos en los cuales creo desconocer la Sara con quien, cuando los cielos se volvieron extraños, me escondía en las caballerizas, en el desván, debajo de las mesas y camas. Esa Sara de la cual me enamoré.

—Nuestro destino. Nuestro dolor. Nuestra pasión. Mi sangre es tu sangre —dice madre.

Entonces, todos respondemos, uno a uno:

—Mi sangre es tu sangre.

Las palabras me duelen en la garganta. Luego, madre dice:

—Tu sangre es mi sangre.

Repetimos la frase. La atmósfera se endurece. Los oídos me zumban. El occipital me comienza a palpar, como si la cabeza se me hubiese llenado de agua caliente.

—Nuestra sangre y nuestros cuerpos te pertenecen —continúa madre, seguida de los ecos de mis hermanos que resuenan como una invocación. Miro a Sara, que sigue con los ojos cerrados. Solo quiero robarle un momento a su mirada, que me diga que lo estoy haciendo bien, que pronto nos iremos de aquí. Mis hermanos se agarran de las manos y yo me preparo para dar mi salto al vacío, mi única esperanza de poder escapar.

—Necenetrep et soprauc sortseun y ergnas artseun.

El silencio llega como una bomba de aire que llena toda la habitación. Por un momento los gritos de mi madre y hermanos salen de sus bocas como estelas de colores que flotan hasta los techos, sin ningún sonido, todos tragados por lo que sea que ha salido por esa fisura que yo acabo de abrir. Por fin Sara me mira, consternada. Veo miedo en sus ojos y eso me inquieta.

Luego las ventanas estallan. Las paredes se fisuran. Los suelos se abren como heridas. Y el sonido regresa, invade mis oídos y entonces todo es caos: algo en la inmutable lógica de

este hogar se ha roto. La casa se empieza a desbaratar. Las cortinas se inflaman y los rostros de mis hermanos y madre se llenan de pústulas. Corro a abrazar a Sara, pero ella, en medio de la confusión, huye por los pasillos de la casa. Todo a mi alrededor es un infierno que se traga las paredes en la cuales están escritas las historias de mi linaje.

Algo quiere salir de la herida. Una llamarada se enciende en mi costado y una estela de humo se queda flotando ante mis ojos: la enfermedad me ha abandonado. Siento que me han arrancado una parte de mi existencia. Giro mi cabeza para ver lo único que no quiero ver: los cuerpos de mi familia abrasados por un fuego implacable. En sus gritos reconozco la voz de mi padre, y eso me llena de pánico.

Echo a correr por la casa, llamando a Sara, desesperado. El humo me llena los pulmones, robándome el aliento. La encuentro en un rincón, tosiendo.

—Vámonos —le digo.

—¿Qué hiciste?

—Vámonos.

Un pedazo de techo se desprende detrás de nosotros. Me giro y al final del pasillo veo una enorme bola de fuego acechándonos. Nos agarramos de las manos y corremos hasta salir de la casa. Afuera, hasta los carros arden en llamas. Sin ni siquiera pensarlo nos adentramos en la negrura de la noche. Me siento mareado, quiero vomitar. Sara me sigue el paso, pero una tos familiar se ha apoderado de ella. Atravesamos el jardín y la veo flaquear, con la respiración húmeda y entrecortada, como si fuese un mecanismo lleno de moho. Pero ella quiere seguir como si nada, como la mujer fuerte que siempre ha sido. En el sonido de su tos adivino algo que me inquieta, una idea que ignoro con insistencia. Ella se va al suelo. La ayudo para que se ponga en pie y veo una pequeña ampolla en una comisura de sus labios. Retrocedo, asustado, pero vuelvo y me acerco dispuesto a levantarla del suelo. Se tapa la boca mientras tose y cuando la agarro de las manos, una mancha de sangre coagulada nos inunda los dedos. Nos miramos, como un par de animales heridos. Le esquivo los

ojos, abrumado, y me quedo observando nuestra casa envuelta en llamas.

El fuego se levanta lleno de soberbia.